

17. Confía, Jerusalén; el Señor borrará todos tus pecados. El lavará todas las manchas de sus hijos y de sus hijas con el espíritu de justicia y del fuego. Echará sobre vosotros agua limpia y quedaréis limpios de todos vuestros pecados. Los ángeles organizarán danzas alrededor vuestro y dirán: ¿Quién es ésta que sube tan limpia, apoyada sobre su primo hermano? El alma que antes era esclava, ahora llama al mismo Señor “hermano”, el cual recibiendo con agradable aceptación llega a decir: “Hermosa eres, amiga mía, hermosa eres; tus dientes son blancos como las manadas de ovejas”, y esto precisamente por la confesión salida de una buena conciencia. Y lo que se dice de: “Todos los partos serán dobles”, es por la doble gracia: es decir, la que consigue por medio del agua y del Espíritu o la que es anunciada por el Antiguo y Nuevo Testamento.

Haga Dios que todos vosotros, llevando a término este tiempo de ayuno (2), acordándoos bien de cuanto se os ha dicho, fructificando con las buenas obras, estando con puro corazón delante del celestial Esposo, consigáis de Dios el perdón de los pecados, a quien es debida la gloria juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

AMEN

NOTAS

1. La opinión de que el bautismo de San Juan perdonaba los pecados, es común a San Cirilo, y a la mayoría de los PP. Antiguos. Sin embargo, la opinión contraria, en todas las escuelas admitida, es la más probable.

2. Este tiempo del ayuno que aquí nombra San Cirilo, son sin duda los cuarenta días que precedían a la Pascua, porque el bautismo se confería precisamente al fin de la Cuaresma, en la noche del Sábado Santo.

CUARTA CATEQUESIS A LOS ILUMINANDOS

De los diez dogmas

Sobre las palabras: "Procurad que nadie os engañe con una filosofía vana y falsa, fundada sobre la tradición de los hombres y según las máximas del mundo." (Coloss., XI, 8.)

1. El vicio imita a la virtud y la cizaña quiere ser tenida por trigo, porque en su especie es semejante al trigo, mas por el gusto, pronto es distiguída por los entendidos.

Y también el diablo se transforma en Angel de luz, no para volverse de nuevo a su primer estado (porque teniendo el corazón tan duro como un yunque, no puede arrepentirse de nuevo), sino para envolver en el estado de ceguera y de incredulidad a los que quieren llevar una vida semejante a la de los ángeles.

Muchos lobos andan cubiertos con pieles de oveja, mas sus uñas y dientes son muy distintos; por eso llevando una piel blanca y engañando a los sencillos, arrojan por sus dientes el mortal veneno de la impiedad.

Así, pues, nos es muy necesaria la divina gracia para andar cautos y alerta, no sea que comiendo la cizaña por el trigo caiamos en el error sin saberlo, y pensando que es oveja el que de hecho es lobo, seamos presa suya; y creyendo que es ángel bueno, el que es diablo y autor de la ruina, seamos devorados por él. Porque, como dice la Escritura: "Anda alrededor, buscando

a quien devorar, como un león rugiente”. Por esto nos amonesta la Iglesia, y por esto se han establecido estas catequesis y estas lecturas.

2. La razón del culto divino estriba en estas dos cosas: en las piadosas creencias y en las buenas acciones; y ni la doctrina será agradable a Dios sin las buenas obras, ni las obras, separadas de los dogmas religiosos.

Porque, ¿de qué sirve pensar muy bien de Dios y después fornicar torpemente? ¿Qué utilidad hay en decir cosas blasfemas y en ser tenido como honesto el que no lo es? Hermosa cosa es el tener conocimiento de los dogmas; pero por esto es necesaria una gran vigilancia, ya que muchos son los que con sus filosofías y vanos engaños hacen su presa.

Y los paganos, por medio de su suave elocuencia, suelen vencer de otras cosas: “Pues la miel se destila de los labios de la meretriz”. Y los judíos de la circuncisión, interpretando mal las divinas escrituras, también engañan a muchos, pues se han criado desde su niñez en estas cosas, y siguen hasta hacerse viejos en esta misma ignorancia.

Mas los herejes con su elocuencia y su blando modo en el decir, engañan a muchos incautos, cubriendo como con miel y bajo el nombre de Cristo los dardos envenenados de los impíos decretos, de todos los cuales dice el Señor: “Cuidad de que nadie os induzca en el error”. Por esto se os enseña el Símbolo y se os dan explicaciones sobre él.

3. Mas antes de pasar a lo que propiamente se refiere a la fe, para tratarlo con más claridad, voy a condensar brevemente los puntos principales de los dogmas más necesarios, no sea que la multitud de cosas que hay que decir nos ocupe todo el tiempo de esta santa Cuaresma, y a muchos de vosotros se os llegue a olvidar fácilmente, y así ahora diciendo solamente lo principal se podrá explicar después más largamente, y no se olvidará.

Súfranlo, pues, pacientemente los que entienden estas cosas más fácilmente y tienen los sentidos más ejercitados para discernir el bien y el mal, cuando oigan estos exordios sencillos, y como para niños, a fin de que los que necesitan aún de la catequesis reciban también utilidad, y los que ya lo sepan, gocen con recordar esas cosas.

DE DIOS (Dogma I)

4. Sea el dogma de Dios el primero, que como fundamento se grave en vuestra alma.

Es a saber, que Dios es uno y solo, ingénito, sin principio, e incapaz de mutación; no es engendrado por otro, ni puede tener otro sucesor en su vida, que no tuvo principio en el tiempo para vivir, y por lo mismo no tendrá fin; que El mismo es bueno y justo a la vez, y si alguna vez oyese al hereje que dice: uno es el bueno y otro el justo, al punto reconozcas el dardo empozoñado de la herejía.

Porque algunos se han atrevido a dividir con malditas palabras al Dios único, y así enseñaron que uno era el creador y Señor del alma, y otro el de los cuerpos. Ahora bien, ¿cómo puede el hombre ser criado de dos señores, cuando el Evangelio dice que “nadie puede servir a la vez a dos amos”? De modo que Dios es uno solo y creador de las almas y de los cuerpos; y uno el creador del cielo y de la tierra, y el hacedor de los ángeles y arcángeles, y de otras muchas cosas, y Padre de un solo Unigénito Hijo N.S. Jesucristo, por quien hizo todas las cosas visibles e invisibles.

5. El Padre de nuestro Señor Jesucristo ni está circunscrito por algún lugar, ni es menor que el cielo, pues los mismos cielos son obra de sus dedos, y toda la tierra está encerrada en su mano; luego El está en todo, y fuera de todo. Y no se puede decir que el sol es más brillante que El, ni hacer otras comparaciones semejantes, porque el que fabricó el sol debe ser mucho más brillante y hermoso que este astro. Dios es conocedor de los futuros, y más poderoso que todas las cosas; todo lo sabe y lo hace como quiere, sin sujetarse ni al orden de las cosas, ni a las contingencias de los astros, ni a la fortuna ni a la fatal necesidad. Es perfecto en todo, y posee igualmente todo género de virtud; no aumenta ni decrece, sino que permanece siempre en el mismo estado; El es el que ha preparado el suplicio para los pecadores y para los justos la corona.

6. Muchos son los que han errado acerca de Dios, en diversos sentidos, pues unos han hecho Dios al sol, para quedarse sin Dios en el tiempo que es de noche; otros a la luna, para quedarse sin él durante el día; otros a las demás partes del mundo; éstos, a las artes; aquéllos, a los alimentos y placeres; los de más allá, en-

loqueciendo con el amor a las mujeres y llamando a la imagen de una mujer desnuda con el gran nombre de Venus, han adorado bajo esta figura visible al vicio y afectos de su alma corrompida.

Otros, deslumbrados por el brillo del oro, le han hecho su dios, así como a otras materias semejantes: si alguno, pues, llegara a grabar bien en su ánimo la verdadera doctrina de la Monarquía (o único principado de Dios) y lo cree de corazón, ése cortará de raíz todo vicio de idolatría y evitará el peligro de caer en el error de los herejes.

Por lo cual, sea para ti éste el primer dogma de fe y el fundamental de todos los demás.

DE CRISTO (Dogma II)

7. Cree también en el Hijo de Dios, Unico, nuestro Señor Jesucristo, Dios de Dios, vida engendrada de la vida, luz de luz, y en todo semejante a su engendrador.

Que no recibió el ser en el tiempo, sino que antes de todos los siglos, y antes de todo lo que se pueda pensar, fue engendrado por el Padre. El es la sabiduría y el poder y la justicia de Dios, y está sentado a la diestra del Padre antes de todos los siglos. Porque no recibió este trono, como algunos pensaron después de la pasión y como premio y corona de sus sufrimientos, sino que desde que existe (y estuvo engendrado desde toda la eternidad) tiene esta real dignidad, y está sentado con el Padre, porque siendo Dios con el mismo poder y sabiduría, como está dicho, tiene que ser creador de todo con el Padre y reinar también juntamente con el Padre.

Así, pues, nada le falta a su dignidad de Dios; El conoce a Aquel que le engendró del mismo modo que es conocido por el engendrador.

Y para decirlo más brevemente: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre; y nadie tampoco al Padre sino el Hijo”.

8. No separes al Hijo del Padre, ni haciendo uno de dos creas la *Filio-paternidad* (o confusión de ambos). Sino cree que el Hijo es el Unigénito de un Dios, que es el Dios Verbo antes de todos los siglos. Y ese Verbo no es una palabra pronunciada y disipada, ni semejante a las demás palabras destituidas de una propia y

sólida subsistencia, sino un Verbo Hijo, hacedor de los que tienen razón y palabra; es un Verbo que oye al Padre y le habla.

Mas cerca de esto, si Dios nos ayuda hablaremos más largamente, pues no nos olvidamos de nuestro propósito, que es el dar ahora solamente un resumen de los puntos principales a la introducción de la fe.

DE LA GENERACION DE LA VIRGEN (Dogma III)

9. Cree también que este Unigénito Hijo de Dios descendió del cielo a la tierra por nuestros pecados, tomando nuestra humanidad sujeta a los mismos afectos que nosotros; que nació de una santa Virgen y del Espíritu Santo; y esta encarnación fue hecha no según una simple opinión o falsa apariencia, sino real y verdaderamente.

Y no es que pasó por la Virgen como por un canal, sino que verdaderamente se encarnó en ella (y de ella fue nutrido con su leche) y comió y bebió como nosotros.

Porque si el tomar la naturaleza humana fue cosa de apariencia y espejismo de los ojos, nuestra salvación hubiese sido también aparente.

Así es que Cristo era doble: hombre en cuanto al exterior; Dios en cuanto a lo que en él se ocultaba; como hombre comía igualmente que nosotros y sentía las mismas necesidades; mas en cuanto Dios, alimenta a cinco mil hombres con sólo cinco panes. Como hombre murió verdaderamente; mas como Dios, resucitó al que estuvo muerto cuatro días. Como hombre durmió en la barca; como Dios anduvo sobre las aguas.

DE LA CRUZ (Dogma IV)

10. Cristo fue crucificado por nuestros pecados. Y si quieres negarlo te convencerá este esclarecido lugar y feliz Gólgota, en el que ahora estamos reunidos por Aquel que fue clavado en la cruz; y todo el orbe ya está repleto de las partecitas hechas de ese leño de la cruz.

Mas no fue crucificado por sus propios pecados, sino para librarnos a nosotros de los nuestros, y entonces fue tenido en desprecio por los hombres, y como hombre fue herido con bofetadas; en cambio, las criaturas le reconocieron como Dios, pues el sol viendo a su Señor cubierto de ignominia desfalleció tembloroso no pudiendo soportar este espectáculo.

DE LA SEPULTURA

11. Como hombre fue puesto en un sepulcro de piedra; mas las piedras se resquebrajaron de temblor por él. Bajó a las partes inferiores de la tierra para redimir allí a los justos.

¿Pues querías tú que los vivos gozasen de la gracia, a pesar de que muchos de ellos no sean santos, y, en cambio, todos aquellos que desde Adán estaban cautivos no pudiesen conseguir su libertad? Considera a un Isafas profeta, que tan grandes cosas predicó de El, ¿no querías que su rey bajase para libertarle? Allí estaban David y Samuel, y todos los profetas; hasta el mismo Juan que, por medio de sus legados, le había preguntado: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? ¿No querías, pues, que bajando pusiese en libertad a tan grandes varones?

DE LA RESURRECCION (Dogma V)

12. El que había bajado a las partes inferiores subió de nuevo, y aquel Jesús que había sido sepultado resucitó al tercer día. Si alguna vez te molestan los judíos, sal a su encuentro con aquello de: “Jonás salió del vientre de la ballena después de tres días”. ¿Y Cristo no iba a poder salir de la tierra después de otros tres?

El muerto revivió al contacto de los huesos de Eliseo, ¿y el Creador de los hombres no había de ser resucitado mucho más fácilmente por la virtud del Padre? Así, pues, verdaderamente resucitó y se apareció a sus discípulos de nuevo, y tuvo por testigos de su resurrección a los doce Apóstoles, los cuales no solamente dieron testimonio de la resurrección con sus palabras, sino que lo sostuvieron hasta padecer los suplicios y la misma muerte.

Y si el testimonio de dos o de tres testigos es valedero, según dice la Escritura, viendo que son doce los que afirman la Resurrección de Cristo, ¿aún permanecerás incrédulo?

DE LA ASCENSION

13. Al terminar Jesús la carrera de sus sufrimientos, y después de redimir a los hombres, de nuevo se subió a los cielos envuelto en una nube, estando los ángeles esperándole y los Apóstoles contemplándole.

Si alguno, pues, desconfía de lo que nosotros decimos, créalo por lo que ahora ocurre.

Todos los reyes al morir pierden el poder juntamente con la vida; mas Jesús fue crucificado, y ahora es adorado por todo el mundo. Os anunciamos al Crucificado y tiemblan los demonios.

Muchos, en diversos tiempos, fueron puestos en la cruz; ¿pero qué crucificado hubo cuya invocación llegase a hacer huir a los demonios?

14. No nos avergoncemos, pues, de la cruz de Cristo, y si otros la ocultan, tú señalala bien en tu frente, para que los demonios, viendo este signo real, se marchen lejos temblando.

Haz esta señal en todo momento, es decir, al comer y beber, al sentarte, al acostarte y levantarte, cuando hablas y cuando te pascas.

Pues el que aquí fue crucificado está arriba en los cielos; y si después de haber sido crucificado y sepultado hubiese permanecido en el sepulcro, todavía sería cosa vergonzosa; ahora bien, es seguro que el que fue crucificado en este Gólgota y fue sepultado en el monte de los Olivos, subió ciertamente a los cielos. Pues al bajar desde la tierra a los infiernos y de aquí vuelto a nosotros, de nuevo se nos marchó al cielo, según lo aclamó el Padre, diciendo: "Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por peana de tus pies".

DEL JUICIO FUTURO (Dogma VI)

15. Este Jesús que subió vendrá de nuevo del cielo, no de la tierra. Y he dicho *que no de la tierra*, porque en este tiempo habré

muchos anticristos que vengan de la tierra, pues como has visto, muchos ya han comenzado a decir: “Yo soy el Cristo” (1) y después de esto vendrá aquella abominación de la desolación, usurpando para sí el falso nombre de Cristo. Y tú no esperes más al verdadero Cristo como que ha de venir de la tierra, sino del cielo, para ser visto de todos brillante sobre todo esplendor, rodeado de una multitud de ángeles para juzgar a los vivos y a los muertos y para obtener el reino celestial y sempiterno, pues aún sobre esto debes estar seguro y con cautela, porque no faltan quienes digan que el reino de Cristo ha de tener fin (2).

DEL ESPIRITU SANTO (Dogma VIII)

16. Cree también en el Espíritu Santo y piensa de El lo mismo que se afirmó del Padre y del Hijo, y no lo que desvergonzadamente han enseñado otros.

Tú, pues, aprende que este Espíritu Santo es uno, indiviso y omnipotente; el que a pesar de hacer muchas cosas no se divide; que conoce todos los misterios y todo lo sabe, aún las cosas profundas de Dios; que bajó sobre Nuestro Señor Jesucristo en figura de paloma; que obró por la ley de los profetas; que ahora sella tu alma al tiempo del bautismo; de cuya santidad necesita toda humana criatura; contra el cual, si alguno llegara a blasfemar, no tendrá perdón ni en este mundo ni en el otro; que tiene la misma gloria que el Padre y que el Hijo, y del cual dependen los tronos y las dominaciones, los principados y las potestades. Pues uno es Dios, el Padre de Jesucristo, y uno Nuestro Señor Jesucristo, el único Hijo de ese único Dios; uno el Espíritu Santo que todo lo santifica y deifica, el que por medio de la ley y los profetas habló en el Antiguo y Nuevo Testamento.

17. Conserva, pues, en tu mente este dogma, que ahora en varios puntos te hemos dado resumido; pero que si Dios nos lo concede, más tarde lo desarrollaremos en cuanto podamos, trayendo la demostración de las Sagradas Escrituras.

Porque acerca de los santos misterios de la fe no conviene hablar nada sin aducir las Sagradas Escrituras, ni traer argumentos que se basen en palabras y meras probabilidades. Y así no me

creas inmediatamente mientras no te demuestre lo que te anuncié con las Sagradas Escrituras.

Pues esta salvación que se adquiere por medio de la fe no adquiere su valor por medio de las vanas disputas, sino por la demostración de las divinas Escrituras.

DEL ALMA (Dogma VIII)

18. Después del conocimiento de esta veneranda, gloriosa y santísima fe, debes conocer también lo que eres tú. Es decir, que tú estás constituido por dos elementos: el alma y el cuerpo, y como un poco antes se dijo, el mismo Dios es el autor de tu cuerpo y de tu alma.

Sábetelo también que tienes un alma hecha a semejanza del Creador, dotada de un libre poder, como una de las mejores obras de Dios. Es inmortal por el mismo Dios inmortal que le dio esa cualidad; es racional e incapaz de corrupción por aquel que le dio ese don, y, finalmente, está dotada del poder de hacer lo que quiere.

Porque tú no pecas por el nacimiento de los astros, ni fornicas por el acaso que te obliga, ni como otros sueñan, eres obligado a entregarte a la lascivia por ciertas conjuraciones de los astros. ¿Pues por qué echas la culpa a los astros inocentes de los pecados que tú te resistes a confesar? Y después de esto no me mientes a los astrólogos, pues de ellos dice la Sagrada Escritura: “Sálvense los astrólogos del cielo”, y más abajo: “Todos serán quemados por el fuego como pajuela y no se librarán de las llamas”.

19. Aprende esto también, que antes de que el alma viniese al mundo no pecó (3); sino que viviendo sin pecado, ahora pecamos por propia voluntad. Y no oigas interpretar mal aquello de: “Lo que no quiero eso hago”, sino acuérdate de aquello en que se dice: “Si quisierais y me oyerais, comeréis los bienes de la tierra; pero si no quisierais ni me oyerais, os exterminará la espada”. Y otra vez: “Así como empleasteis, vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, del mismo modo ahora ponédlos al servicio de la justicia y de la santidad”.

Acuérdate también de la Escritura, que dice: “Porque no probaron el conocer a Dios” y: “Lo que de Dios se puede conocer

está manifiesto en ellos”, y de nuevo: “Ellos cerraron sus ojos”. Recuerda también lo que dice quejándose Dios: “Yo te he plantado a ti, viña fructífera y verdadera; ¿cómo, pues, te has vuelto amarga, viña ajena?”

20. El alma es inmortal; y todas las almas, ya sean de hombre o de mujer, son semejantes, pues sólo se distinguen por los miembros del cuerpo.

No hay ningún género de almas que pequen por naturaleza y otras que obren bien, sino que eso es obra de la voluntad y del libre albedrío, por cuanto que la sustancia de las almas es única y en todos semejante.

Veo que ya hemos hablado mucho y que el tiempo se nos pasa; ¿pero qué hemos de anteponer a nuestra salvación? ¿No quieres recibir, aunque sea con algo de trabajo, un remedio contra los herejes? E igualmente, ¿no querrás aprender las dificultades del camino, para que no te caigas al precipicio?

Si los maestros no piensan ganar lo más mínimo con que tú aprendas esto; tú que lo aprendes, ¿no deberás recibir con agrado todo lo que se te diga?

21. El alma es libre y dueña de sí misma, y el diablo puede, ciertamente, sugerirla algo; pero no tiene poder para forzar su voluntad. Ocúrrete, por ejemplo, un pensamiento de fornicación: si quieres, le admites; si no quieres, no le admites. Porque si tuvieras que fornicar por necesidad, ¿cómo hubiera preparado Dios el infierno? Y si hicieras el bien por naturaleza y no por tu albedrío, ¿por qué ha preparado Dios esas inefables coronas? Mansa es la oveja, y nunca ha sido engrandecida por su mansedumbre, porque eso de ser mansa no es por voluntad, sino por su naturaleza.

DEL CUERPO (Dogma IX)

22. Ya conoces, querido, lo que basta saber acerca del alma; ahora escucha lo que puedas acerca del cuerpo.

No hagas caso a los que dicen que el cuerpo no ha sido hecho por Dios (4). Pues los que tal cosa dicen, y creen que el alma habita en el cuerpo como en una casa extraña fácilmente abusan del libertinaje. ¿Pues qué es lo que tienen que recriminar en ese

cuerpo admirable? ¿Qué le falta para su decencia y hermosura? ¿Qué cosa hay más artificiosa que su estructura? ¿Por qué no consideran la espléndida posición de los ojos, la admirable colocación de las orejas, cómo están un poco inclinadas para recibir mejor los sonidos; cómo sabe distinguir los suaves y distintos olores; cómo la lengua puede tener dos funciones distintas, como son el hablar y el gustar los alimentos, y cómo el pulmón, aunque en lugar escondido, puede aspirar continuamente el aire?

¿Quién ha concedido al corazón ese impulso perpetuo? ¿Quién ha distribuido la sangre por tantas venas y arterias? ¿Quién ha juntado tantos huesos con las ligaduras de los nervios? ¿Quién ha indicado que la parte sobrante del alimento nutritivo se arroja en secreto lugar, y quién ha colocado las partes vergonzosas en lo más escondido del cuerpo? ¿Quién ha hecho que con una sencilla y fácil unión no desapareciera la naturaleza de los hombres?

23. No me digas, pues, que el cuerpo es la causa del pecado (5). Porque si el cuerpo es la causa del pecado, ¿por qué el muerto no peca? Coloca una espada en la diestra de uno recientemente muerto y no habrá ningún homicidio. Pasea delante de un joven recientemente muerto toda clase de hermosura y no tendrá ningún deseo de lascivias. ¿Y por qué esto? Porque el cuerpo no peca por sí mismo, sino el alma mediante el cuerpo. Las almas son como el instrumento, y los cuerpos su envoltorio. Y así, por el alma puede uno cometer una fornicación y volverse inmundo; en cambio, pueden unirse dos almas y se convierten en templo del Espíritu Santo. Esto no lo digo por mí mismo, sino que son palabras del Apóstol San Pablo: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo que habita en vosotros?” Guarda, pues, tu cuerpo como templo que es del Espíritu Santo. No manches tu carne con el estupro, ni ensucies ése tu hermosísimo vestido; pero si lo has manchado, límpiale ahora por la penitencia y lávale mientras se te da el tiempo conveniente.

24. Y lo referente a la castidad escúchenlo principalmente los monjes y las vírgenes que han emprendido una vida en el mundo semejante a la de los ángeles; mas después el resto del pueblo de la Iglesia.

Así, pues, grande es la corona, oh hermanos, que os está preparada; por lo tanto, no cambiéis esa gran dignidad por un pequeño placer, sabiendo lo que dice el Apóstol: “No haya nin-

gún fornicador o profano, que al igual de Esaú, venda su primogenitura por un plato de lentejas. Y mire que estando escrito en los libros angélicos sea borrado su nombre por cometer alguna torpeza.”

25. Y si no sigues el estado perfecto de castidad, debes abrazar el matrimonio, en contra de aquellos que dicen que los casados siguen estado de vida inferior. Pues como dice el Apóstol: “Honorables son el matrimonio, y el casto lecho conyugal”. Y tú que sigues el estado de completa castidad, ¿acaso no has nacido de unos casados? No desprecies, pues, la plata, porque tengas el oro, sino que también estén llenos de buena esperanza los que viven en legítimo matrimonio y se han unido, no por la desordenada licencia de las procaces pasiones; los que dejan pasar algún tiempo en continencia para vacar a la oración; los que a las reuniones de la Iglesia llevan limpios sus vestidos y sus cuerpos (6), y que, finalmente, abrazaron el matrimonio para criar hijos, y no por motivo de placer.

26. Y los que son partidarios de un solo matrimonio no reprueben a aquellos que espontáneamente se entregan a las segundas nupcias, pues la continencia es una cosa hermosa y admirable, y hay que dispensar a los que se acercan a las segundas nupcias para que los débiles no sucumban a las tentaciones de la lujuria (7).

Porque dice el Apóstol: “Bueno es si permanecen como yo, pero si no pueden contenerse, cásense, pues mejor es casarse que abrasarse”.

Deséchense lejos la lascivia, el adulterio y todo género de lujuria; consérvase, en cambio, el cuerpo limpio para el Señor, a fin de que El le pueda mirar también. Y dénsese los alimentos necesarios para vivir, mas no para que se entregue a los placeres.

27. DE LOS ALIMENTOS.—Acerca de los alimentos habéis de tener en cuenta esta regla, porque hay muchos que se manchan el alma por causa del alimento.

Y así algunos que se acercan a las cosas sacrificadas a los ídolos; otros, en cambio, por motivo de mortificación y siguiendo las reglas del instituto de la vida ascética, se abstienen de algunos alimentos y condenan a los que los toman, y por eso el alma de algunos anda desconcertada por causa de la comida, y por la ignorancia que tienen de saber cuándo es útil el comer y cuándo el abstenerse.

Nos privamos del vino y de las carnes, no porque lo aborrezcamos como cosas abominables, sino porque esperamos la recompensa, y al despreciar voluntariamente las cosas materiales, lo hacemos por gozar más de la mesa espiritual, y para que sembrando ahora con lágrimas recojamos más tarde con alegría en el siglo venidero. No desprecies, pues, a los que comen y, por la debilidad de su cuerpo, toman alimentos; ni tampoco reprendas a los que beben un poquito de vino, por su estómago y frecuentes enfermedades, ni los condenes como si fueran pecadores por esto. Ni tampoco desprecies las carnes, como si fueran cosas ajenas, al igual de los que dice el Apóstol: “Que prohíben las bodas y mandan abstenerse de los alimentos creados por Dios para que no sean recibidos por los fieles con acción de gracias”. Si te abstienes de eso, hazlo no como si fuese algo abominable, porque entonces no tendrás ninguna recompensa, sino deja esos bienes por otros espirituales y mucho mejores que se te prometen.

28. Guárdate mucho de comer cosas que hayan sido ofrecidas a los ídolos, porque acerca de esto no solamente ahora, sino ya en tiempo de los Apóstoles, y en especial de Santiago, Obispo de esta Iglesia, se tuvo un cuidado y vigilancia particular, y así vemos que los Apóstoles y presbíteros escribieron a todos los cristianos que estaban entre gentiles una epístola para que principalmente se abstuviesen de los idolotitos, así como también de comer la sangre y animales sofocados. Porque hay muchos hombres que dotados de una índole felina y viviendo al modo de los perros, beben la sangre como las fieras salvajes y se hinchan de carnes sofocadas. Mas tú, como siervo de Cristo que eres, come siempre con piedad y religiosamente. Y con esto ya hemos dicho bastante acerca de los alimentos.

29. DEL VESTIDO.—El vestido que uses sea sencillo, no para adorno del cuerpo, sino lo que sea necesario para cubrirte, y tampoco busques con él las muelles delicias, sino simplemente el calentarte en invierno y cubrir tu desnudez: ahora no te ocurra con el pretexto de cubrir tu desnudez uses de un demasiado aparato en el vestido y entonces caigas en otra torpeza.

DE LA RESURRECCION (Dogma X)

30. Te ruego que uses moderadamente de este cuerpo y

pienses que has de ser juzgado y has de resucitar con él entre los muertos.

Y si te viene el pensamiento de incredulidad, como si eso no pudiese suceder, convéncete por tus mismas cosas, y de aquello que no se puede ver. Porque, dime, tú antes de cien años o más, ¿dónde estabas? ¿Y cómo es que de una pequeñísima y vilísima sustancia has llegado a tanta grandeza de estatura y con tal grado de hermosura?

¿Acaso el que hizo que existiese lo que no era, lo que es y ya cayó, no podrá resucitarlo? El que por nosotros hace revivir el grano todos los años que yace muerto y podrido, ¿acaso nos ha de resucitar más difícilmente a nosotros por quienes El mismo resucitó? Ya ves cómo los árboles permanecen tantos meses sin frutos y sin hojas, y cómo después de pasado todo el invierno vuelven a revivir de entre los muertos.

¿No seremos nosotros vueltos a la vida con mucha más razón y mucho más fácil?

La vara de Moisés fue cambiada por voluntad de Dios en otra cosa muy distinta, como es una serpiente, y el hombre que muere, ¿no ha de poder ser restituido en lo que antes era?

31. No hagas caso a los que te digan que este cuerpo no resucitará, pues es seguro que sí ha de resucitar. De esto puede dar testimonio el profeta Isaías: “Los muertos resucitarán y los que se hallan en los sepulcros se levantarán”, y: “Muchos de los que duermen en el regazo de la tierra se despertarán”, y según Daniel: “Estos para la vida eterna, mas aquéllos, para el castigo eterno”.

Por lo demás, el resucitar será común para todos los hombres; pero esa resurrección no será para todos igual, porque aunque todos recibamos cuerpos eternos, no todos serán iguales, porque los justos le recibirán para que eternamente se junten al coro de los ángeles; mas los pecadores, para que sufran las penas eternas debidas por sus pecados.

32. DEL BAUTISMO.—Primeramente, el Señor, llevado de su bondad para con los hombres, nos concedió un bautismo de penitencia, para que arrojando todo el peso de nuestros pecados y consiguiendo el sello indeleble por medio del Espíritu Santo, seamos antes ya herederos del reino de los Cielos. Mas como antes ya hemos hablado del bautismo, continuaremos con los principales puntos que nos faltan de los dogmas más sencillos.

DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS (Dogma XI)

33. Esto nos enseñan las Escrituras, divinamente inspiradas, del Viejo y Nuevo Testamento.

Pues uno es el Dios de ambos Testamentos, el cual anunció a Cristo en el Viejo, como un hecho principal del Nuevo, y que por medio de la Ley y de los Profetas llevó hacia Cristo a manera de un *pedagogo*.

“Pues antes de que muriese la fe, éramos custodiados bajo la Ley”, y: “La Ley fue nuestro pedagogo para con Cristo”. Y cuando vieres a alguno de los herejes que difama a la Ley o a los Profetas, opónles aquellas saludables palabras: “No vine a destruir la Ley, sino a cumplirla”. Y aprende cuidadosamente por la Iglesia cuáles son los libros del Viejo Testamento y cuáles los del Nuevo, y no me leas nada de los apócrifos. Pues si no conoces lo que los hombres dicen y tienen probado, ¿para qué pierdes el tiempo en las cosas dudosas y que están en controversia? Lee las divinas Escrituras, es decir, los veintidós libros del Viejo Testamento, que tradujeron los setenta y dos intérpretes.

34. Después de muerto Alejandro, rey de los Macedonios, y dividido el reino en los cuatro principados de Babilonia, Asia, Macedonia y Egipto, uno de aquéllos reinó en Egipto, llamado Tolomeo-Filadelfo, príncipe cultísimo con las letras, mientras se dedicaba a recoger libros de todas partes, se enteró por Demetrio Falereo, su bibliotecario, de las Sagradas Escrituras, y juzgando más acertadamente que los libros no se consiguen por la fuerza de los que no quieren, sino que los poseedores se ablandan más con dones y con la amistad, y sabiendo, por otra parte, que lo que se consigue a viva fuerza por el mismo hecho de ser dado sin voluntad, la mayoría de las veces se sale engañado, mas lo que se da espontáneamente se hace con sinceridad, envió a Eleázaro, que entonces era Pontífice, muchos dones para el adorno del templo que estaba en Jerusalén, llevándose a la vez seis hombres de cada una de las tribus de Israel para que le interpretasen los libros. Mas después, para probar si los libros eran divinos o no, vigilando para que los intérpretes enviados no se conviniesen entre sí les dio a cada uno, en el lugar que se llama Faro, junto a Alejandría, una habitación separada y les ordenó que todos interpretasen las Sagradas Escrituras enteramente.

Y como terminasen su cometido en setenta y dos días, el rey mandó recoger las traslaciones que todos habían hecho por separado en sus domicilios sin acercarse unos a otros, y cotejándolas unas con otras, no sólo las encontró concordes en las sentencias, sino hasta en las mismas palabras.

Y esta obra no fue un artificio de humanos sofismas, ni una invención de palabras, sino una interpretación llevada a cabo por moción del Espíritu Santo, de las divinas Escrituras que antes El había dictado (8).

35. Lee, pues, los veintidós libros de estas divinas Escrituras, y de los demás libros apócrifos no quieras saber nada. Solamente estudia y medita en aquellos que en la Iglesia leemos con toda seguridad y certeza.

Mucho más prudentes y religiosos que tú eran los Apóstoles, y Obispos, y Rectores de la Iglesia que te los entregaron; pues tú, siendo hijo de la Iglesia, no cambies las leyes que están establecidas.

Como ya hemos dicho, del Antiguo Testamento, medita en los veintidós libros, que si tienes un poco de interés en aprender, te los deberás grabar en la memoria uno por uno, mientras yo te los voy diciendo.

Los cinco primeros libros de la Ley son de Moisés, a saber: el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio. Después el de Jesús, hijo de Nave, y el libro de los Jueces, que juntamente con el de Rut, hace el número séptimo. De los demás libros históricos, el primero y segundo de los Reyes, para los hebreos es un solo libro: otro es el tercero con el cuarto. Igualmente para ellos, el primero y segundo de los Paralipómenos hacen un solo libro; así como los dos primeros de Esdrás. El de Ester es el duodécimo, y éstos son los libros históricos.

Los poéticos son también cinco: Job, el de los Salmos, Proverbios, Eclesiastés y el Cántico de los Cánticos, que hace el número 17. Siguen finalmente los cinco proféticos, a saber: de los doce profetas menores, uno; de Isaías, uno; de Jeremías con Baruc, las Lamentaciones, y la Epístola, uno; después el de Ezequiel, y, finalmente, el de Daniel, que hace el vigésimo segundo del Antiguo Testamento.

36. Del Nuevo Testamento solamente son los cuatro Evangelios, pues los demás están falsamente escritos y son nocivos.

Los Maniqueos escribieron un Evangelio, según Tomás, que desfigurado con el nombre de Evangelio, corrompe las almas de los incautos. Recibe también los Actos de los doce Apóstoles; además, las siete Epístolas católicas de Santiago, de Pedro, de Juan y de San Judas. Después, lo que está por colofón de todo, y que es la última obra de los Apóstoles, son las catorce Epístolas de San Pablo. Y todo lo demás sea tenido en segundo o en ningún lugar, y lo que no se lea en las Iglesias, tú no lo leas en privado, como ya te hemos dicho. Y de esto sea suficiente lo tratado.

37. Huye, pues, de toda intriga diabólica y no hagas caso al dragón caído, que siendo bueno se cambió él mismo espontáneamente y que a los que se dejan les llega a persuadir; pero de hecho a nadie puede obligar.

Y no atiendas a las predicaciones de los astrólogos, ni a las observaciones de las aves, ni a los casos fortuitos, ni a las fabulosas adivinaciones de los griegos.

Y los sortilegios, las encantaciones y las nefandas evocaciones de los muertos, ni siquiera lo admitas ni de oídas.

Apártate de todo género de intemperancias, no dándote ni a la gula, ni a los demás placeres, y siempre permanece por encima de la avaricia y de la usura. No intervengas en los espectáculos de los paganos, y en las enfermedades no uses de amuletos. Apártate de frecuentar el bullicio y suciedad de las tabernas. Y no caigas en la religión de los Samaritanos o de los judíos, porque al fin quien te ha de salvar es Jesucristo. Apártate de toda observancia de los sábados y no llares *mundo* o *común* a cualquiera de los alimentos ordinarios.

Pero, sobre todo, odia las reuniones de los transgresores herejes y defiende tu alma con ayunos, con limosnas y con la lección de las divinas palabras, para que perseverando en la templanza y guarda de los santos preceptos durante el tiempo que te quede de vida, goces de la única salvación que por medio del bautismo se concede, y así, inscrito por Dios Padre en los celestiales ejércitos, seas digno de las celestiales coronas, por Cristo Nuestro Señor, a quien es debida la gloria por los siglos de los siglos.

AMEN

NOTAS

1. Algunos de éstos pueden ser: Simón el Mago, Menandro, etc.; y en general todos los demás heresiarcas que vinieron después.
2. Entre los herejes que sostenían la caducidad del reino de Cristo, pueden citarse a Marcelo de Ancira, y a su discípulo Fotino, cuya herejía salió primeramente de Galicia.
3. Aquí parece afirmar San Cirilo que el alma puede existir antes que el cuerpo; sin embargo, más abajo dice que no es más antigua que el cuerpo.
4. Los Gnósticos decían que el mundo visible, y por lo tanto nuestros cuerpos, habían sido creados por los ángeles; en cambio, el alma tenía por autor a Dios, y solamente ella podía conseguir la salvación.
5. Los Maniqueos creían que el pecado provenía de la unión del cuerpo, que era hechura del diablo, con el alma, creación de Dios.
6. Según esto se ha de notar que era uso general el llevar los vestidos mejores a la Iglesia, así como el ir muy limpios de cuerpo y alma.
7. Entre los herejes que condenaban las segundas nupcias pueden contarse los Motanistas, y entre ellos el gran Tertuliano, que escribió su célebre opúsculo *De Monogamia*. Los Novacianos defendían también estas ideas.
8. En los primeros siglos del Cristianismo fue muy común esta leyenda de los setenta y dos intérpretes; pero como carece de sólido fundamento, se ha disipado casi completamente.

CATEQUESIS QUINTA

De la fe y del símbolo

Sobre las palabras: “Es, pues, la fe el fundamento de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las que no ven. Por ella consiguieron testimonio de alabanza los antiguos... (Hebr., XI, 1.)

1. Cuánta dignidad os haya concedido el Señor al trasladaros del orden de los catecúmenos al de los fieles lo señala bien claro el Apóstol cuando dice: “Fiel es Dios por quien fuisteis llamados a formar parte de la compañía de su Hijo Jesucristo”. Mas al ser llamado Dios fiel, tú también recibes el mismo calificativo aumentado con gran dignidad. Pues así como Dios es llamado bueno, justo, omnipotente y creador de todas las cosas, del mismo modo se le puede llamar fiel. Considera, pues, a qué dignidad has sido elevado al hacerte participante del nombre del mismo Dios.

2. Aquí se busca quién de vosotros es hallado fiel desde lo íntimo de la conciencia, pues dice la Escritura: “El encontrar un varón fiel es una gran cosa”. Y esto lo digo no para que tú me muestres tu conciencia, ya que no has de ser juzgado por ningún mortal; sino para que demuestres a Dios la sinceridad de tu fe, porque El examina lo íntimo de los corazones y conoce los pensamientos de los hombres.

Grande es el hombre fiel y más rico que todos los ricos, pues todas las riquezas del mundo son de él, por el mismo hecho de despreciarlas.

Los que exteriormente aparecen ricos, aunque tengan mucho, con el alma son pobres, porque cuanto más tienen mayor es su deseo de poseer lo que les falta. Mas el hombre fiel en su pobreza es rico, pues contentándose con qué vestirse y alimentarse, desprecia todas las demás riquezas.

3. No solamente entre nosotros, que nos gloriamos de llevar el nombre de Cristo, se hace estima de la fe, sino que aún todo lo que se lleva a cabo en el mundo, y aún por los que son del todo ajenos a la Iglesia, se hace por la fe.

Por medio de la fe dos personas extrañas se unen por las leyes nupciales, y el hombre ajeno de las cosas de otro hace intercambio con él por la fe que se presta en los contratos. Hasta la misma agricultura se basa en la fe, pues el que no espera recibir los frutos, tampoco se expone a los trabajos. Por la fe se lanzan los hombres a recorrer los mares, al confiarse en un pequeño barco y cambian el firme elemento de la tierra por el inestable y agitado del agua, confiándose en la fe, que es más fuerte que todas las áncoras.

Por la fe marchan adelante todos los negocios de los hombres, y esta persuasión no solamente la tenemos nosotros, sino, como hemos dicho, hasta los que distan mucho de nuestras creencias. Pues aunque no admitan las Sagradas Escrituras, ellos también tienen ciertas doctrinas que reciben por medio de la fe.

4. A la verdadera fe os invita la lectura de hoy mostrándoos el camino por el que debéis agradar a Dios (1). Pues se dice que sin fe es imposible agradar a Dios. Porque cuando el hombre se determina a servir a Dios, ¿no ha de creer que existe un Remunerador? Y cuando una jovencita hace el propósito de virginidad o el joven el de ser casto, ¿no lo hacen porque creen que existe una corona inmarcesible? La fe es el ojo que ilumina la conciencia y abre la inteligencia, pues dice el Profeta: “Si no creyereis no entenderéis”.

La fe cierra la boca a los mismos leones, según dice Daniel, y nos lo cuenta la misma Escritura diciendo: “Del lago de los leones fue sacado Daniel sin recibir lesión alguna, porque había creído en su Dios”.

¿Hay alguien más terrible que el mismo diablo? Pues no tenemos ningún arma en contra de él más que la fe, que es a manera de escudo incorpóreo para el enemigo invisible. Porque éste lanza sus saetas en medio de la noche oscura a los que se hallan descui-

dados, y aunque sea un enemigo oscuro e invisible tenemos una buena defensa en la fe, según nos dice el Apóstol: “Tomad siempre el escudo de la fe, con el cual podréis amortiguar los dardos encendidos del maligno enemigo”. Pues muchas veces el dardo del sucio placer es arrojado por el diablo; mas la fe, poniéndonos delante el juicio de Dios y refrigerándonos la mente, nos apaga ese fuego de pecado.

5. Mucho es lo que habría que decir acerca de la fe, y ni tiempo tendríamos para agotar tal materia. Pero mientras tanto, séanos suficiente el nombrar las figuras más salientes de la Antigua Ley, como es el gran patriarca Abrahán, ya que todos somos hijos suyos por la fe.

5. Mucho es lo que habría que oír acerca de la fe, y ni tiempo tendríamos para agotar tal materia. Pero mientras tanto, séanos suficiente el nombrar las figuras más salientes de la Antigua Ley, como es el gran patriarca Abrahán, ya que todos somos hijos suyos por la fe.

El no sólo por las obras fue justificado, sino por la fe, porque muchas obras buenas había hecho, mas no por eso fue llamado amigo de Dios sino después que creyó, y toda su obra fue perfeccionada por la fe. Por la fe dejó a sus padres, región, patria y hasta la misma casa. Pues así como por ellos fue hecho justo, lo mismo debes hacer tú. El murió en el cuerpo para recibir en lo futuro innumerables hijos, pues cuando era anciano tenía también una mujer anciana, como era Sara, y a pesar de eso Dios promete al anciano una futura prole, y él no decae en su fe, y aunque se consideraba como muerto, no por eso se fijó en la inutilidad del cuerpo, sino en el poder del que lo prometía, y por esto consiguió un hijo, en contra de toda opinión, aun de los cuerpos envejecidos, y, en cierto modo, muertos. Después de haber recibido el hijo le fue mandado matarle, y aunque ya había oído aquello de: “En Isaac estará tu descendencia”, ofreció en sacrificio a su hijo único, estando cierto de que Dios habría de ser poderoso para resucitarle de entre los muertos. Y habiendo maniatado a su hijo y puesto sobre los leños, le sacrificó de voluntad, pero volvió a recibirle de nuevo vivo por la bondad de Dios, que le entregó un cordero para que le sustituyese en lugar del hijo. Y por esto, siendo fiel, fue declarado justo, y recibió como señal de su fe la circuncisión y la promesa de que habría de ser padre de muchos pueblos.

6. Ahora veamos cómo Abrahán fue padre de muchas gentes. Y primeramente que lo fue ya de los judíos, según la sucesión de la carne, es cosa de todos sabida. Pero si para explicar la promesa miramos sólo a la sucesión de la carne, obligamos al oráculo a decir una cosa falsa, pues ciertamente, según la carne, no es padre de todos nosotros; mas el ejemplo de su fe nos hace a todos hijos suyos. ¿Y esto de qué modo? Increíble es entre los hombres que alguno pueda resucitar de entre los muertos; del mismo que es increíble que de dos ancianos medio muertos pueda salir descendencia. Pero así como cuando se dice que Cristo fue crucificado y que después de muerto resucitó, nosotros lo creemos, del mismo modo por semejanza de la fe venimos a ser todos hijos adoptivos de Abrahán. Y así, después de la fe, al igual que él, recibimos el signo espiritual, habiendo sido circuncidados con el Espíritu Santo por medio del bautismo, no del prepucio del cuerpo, sino del corazón, según el dicho de Jeremías: “Circuncidaos para Dios del prepucio de vuestro corazón”, y según las palabras del Apóstol: “En la Circuncisión de Cristo fuisteis sepultados con él en el bautismo”.

7. Si guardásemos esta fe nos veríamos libres de condenación y adornados con toda clase de virtudes. Porque la fe vale tanto que hasta puede hacer andar a los hombres sobre las aguas. Semejante a nosotros era Pedro, compuesto de la misma carne y sangre que nosotros y alimentado con los mismos alimentos. Pero creyendo, al decir Jesús, *ven*, anduvo sobre las aguas teniendo por sostén más fuerte que las aguas a la fe; y así el peso de su cuerpo era levantado por la ligereza de la fe. Y mientras él creía andaba con pie firme sobre las aguas; mas después que comenzó a dudar, empezó también a sumergirse, pues al aflorar poco a poco en la fe, el cuerpo era a la vez llevado a lo profundo. Mas Jesús, sabedor de esta perturbación del Apóstol, al igual que conoce todos los afectos íntimos del alma, le dice: “Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?”

9. ¿Quieres aún conocer con más seguridad que uno se puede salvar por la fe de otros? Muere Lázaros: ya se habían pasado dos y tres días y la corrupción se apacentaba en el cuerpo corrupto. ¿Cómo podía creer el que ya llevaba días muerto, y rogar a sí mismo al libertador? Mas aquello que le faltaba al muerto lo suplieron sus hermanas. Porque nada más llegar el Se-

ñor, una de ellas se postró a sus pies, y como El preguntase: “¿Dónde le habéis puesto?”, y ella respondiese: “Señor, ya huele, porque lleva cuatro días muerto”, le dice el Señor: “Si crees, verás la gloria de Dios, como si dijese. Tú, en cuanto a la fe, haz las veces del muerto”. Y tanto pudo la fe de las hermanas, que sacó al muerto de las fauces del sepulcro.

Así, pues, creyendo unos por otros pudieron salvarle de la muerte; y tú, si creyeres sinceramente, ¿no podrías conseguir mucha más utilidad? Y aun dado que tú no tuvieras fe, o la tuvieras muy escasa, acuérdate que el Señor es muy misericordioso y te perdonará si te vuelves a El, diciendo ingenuamente de corazón: Creo, Señor; pero ayuda mi incredulidad.

Mas si piensas que crees mucho, todavía no has conseguido la perfección de la fe, y deberás decir con los apóstoles: “Señor, acreciéntanos la fe”. Porque ciertamente tienes algo de ti mismo; pero de El recibirás algo que representa mucho más.

10. La fe por el Hombre es una sola; pero, en realidad, es de dos clases. Un género de fe es aquel que pertenece a los dogmas, que es la elevación, y aprobación del alma acerca de una cosa, y pertenece por esto a la utilidad de la misma alma, como dice el Señor: “El que oye mis palabras, y cree en Aquel que me envié, tiene la vida eterna y no caerá en el juicio de condenación”; y de nuevo: “El que cree en el Hijo no será juzgado, sino que pasará de la muerte a la vida”. ¡Oh, gran bondad de Dios para con los hombres! Los justos agradecerán a Dios con el trabajo de muchos años. Mas lo que ellos consiguieron con el esforzado y generoso servicio de muchos años, eso mismo te lo da Jesús por el tiempo de una hora. Pues si creyeres que Jesucristo es el Señor y que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás y serás introducido en el mismo paraíso por Aquel que premió al buen ladrón.

Y no desconfíes diciendo si podrá ser esto así, porque el mismo que después de una hora salvó al ladrón en este santo Gólgota, ese mismo, te salvará a ti si creyeres.

11. Otro género de fe es aquella que Cristo concede en lugar de algunas gracias. “Pues a unos se les da por el Espíritu Santo el don de la sabiduría, y a otros el don de la ciencia, según el mismo Espíritu; a unos el don de la fe, y a otros el don de curaciones”. Mas esta fe que se da en lugar de la gracia, no sólo es dogmática, sino también de las cosas que exceden las fuerzas humanas. Pues

el que tuviese una fe semejante, podría decir a este monte: vete de aquí al otro lado, y se iría. Y el que guiado por esta fe dijese eso mismo, confiado en que se haría, y sin dudar, entonces, recibe esta gracia. De esta fe es de la que se dice: “Si tuvieras la fe como un grano de mostaza”. Porque así como el grano de mostaza es pequeño por su tamaño, pero está dotado de un poder de fuego, y plantado en poco terreno llega a echar grandes ramas, hasta poder cobijar las aves del cielo, del mismo modo esta fe, en el alma, llega a hacer grandes cosas en un velocísimo instante. El alma se representa a Dios, y en cuanto puede ser mira a Dios cara a cara, esclarecida por la luz de la fe. Así puede abarcar los extremos del mundo; y antes de la consumación de este siglo, ya ve el juicio final y la resolución de los premios prometidos. Adquiere, pues, esa fe que depende de ti, y tiende hacia El para que de El recibas a la vez, aquella que tiene poder sobre todas las fuerzas humanas.

12. Mas al aprender y confesar la fe, guarda solamente aquella que ahora te entrega la Iglesia, defendida por todas las Sagradas Escrituras. Pues como no todos pueden leer las Sagradas Escrituras, ya que a muchos les impide su rudeza, y a otros sus ocupaciones, para que el alma no perezca de ignorancia vamos a reunir en pocos versículos todo el dogma de la fe, y quiero que lo aprendas con las mismas palabras y lo recites con todo el empeño, secretamente, no escribiendo en tablas materiales, sino en el corazón de la memoria (2). Y mientras lo meditas, cuida de que ninguno de los catecúmenos oiga lo que se os ha entregado. Os encargo que tengáis esta fe como un viático para todo el tiempo de vuestra vida, y no recibáis ninguna otra, aunque fuéramos nosotros mismos, si cambiando, os dijéramos otra cosa distinta de lo que ahora os enseñamos; o el ángel contrario que, transfigurado, os quiera persuadir del error. Pues aunque nosotros o un ángel del cielo os anuncie otra cosa distinta de la que ahora recibís, sea anatema para vosotros.

Y esta fe que ahora estáis oyendo con sencillas palabras. retenedla en vuestra memoria, y en el tiempo oportuno confirmadla con las Sagradas Escrituras en cada uno de los asertos. Porque el símbolo de la fe no ha sido compuesto por el capricho de los hombres, sino que los principales puntos, sacados de las Sagradas Escrituras, perfeccionan y completan esta única doctrina de la fe.

Y así como la semilla de la mostaza desarrolla grandes ramas en un grano minúsculo, del mismo modo esta fe, en pocas palabras contiene, como en un seno, todo el conocimiento de la piedad contenido en el Viejo y Nuevo Testamento.

13. Vigilad piadosamente, no sea que el enemigo robe a alguno de los que se hallen desprevenidos y remisos, y el hereje os pervierta en algo de lo que se os ha enseñado. Porque el símbolo de la fe es como el dar al Banco la plata que os hemos prestado; que Dios os ha de pedir cuentas de ese depósito.

Como dice el Apóstol: “Os obligo delante de Dios que todo lo vivifica y delante de Jesucristo que dio testimonio de buena confesión delante de Poncio Pilato”, a que guardéis inmaculada la fe que se os ha entregado, hasta la venida última de Nuestro Señor Jesucristo. Ahora se te ha hecho entrega del tesoro de la vida; pero el Señor buscará de nuevo su depósito cuando haga su aparición, el cual, a su tiempo, demostrará el solo y bienaventurado Príncipe, Rey de Reyes y Señor de los que dominan, el cual sólo posee la inmortalidad habitando en una inaccesible luz, y a quien ninguno de los hombres puede ver. A El sea la gloria, el honor y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

SÍMBOLO JEROSOLIMITANO

(Sacado de varios fragmentos de las catequesis
de San Cirilo) (3)

14. I. Creemos en un solo Dios Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e invisibles.

II. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, que fue engendrado del Padre, Dios verdadero, antes de todos los siglos, por quien todo fue hecho.

III. El cual vino en carne y se humanó de la Virgen y del Espíritu Santo.

IV. Fue crucificado y sepultado.

V. Resucitó al tercer día.

VI. Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre.

VIII. Y vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos; cuyo reino no tendrá fin.

VIII. Y en un Santo Espíritu Paráclito que habló por los profetas.

IX. Y en un Bautismo de penitencia, para la remisión de los pecados.

X. Y en una santa católica Iglesia.

XI. Y en la resurrección de la carne.

XII. Y en la vida eterna.

15. EL MISMO SIMBOLO RESUMIDO QUE TENIA QUE CONFESAR EL BAUTIZANDO DESPUES DE LA RENUNCIA. (Catequesis XIX, núm. 9.)

Creo en el Padre,
y en el Hijo,
y en el Espíritu Santo;
y en un Bautismo de penitencia (4).

NOTAS

1. La lectura que se había leído antes de la catequesis, era aquel texto de San Pablo a los Hebreos, en que dice: *La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, y la convicción de lo que no se ve.*

2. Todo el mundo sabe que en los primeros siglos del cristianismo estaba prohibido escribir el símbolo de la fe, por el peligro de que cayese en manos de los paganos.

3. El símbolo que transcribimos es el que ya se usaba en la Iglesia de Jerusalén a mediados del siglo IV, y que gracias a San Cirilo hemos podido recuperarle, aunque despa-rramado en su catequesis.

4. Aún hacía otra profesión de fe el bautizando, cuando ya en la misma fuente bautismal era interrogado por el ministro. De ella habla San Cirilo en la catequesis Veinte, y dice: "Y después de preguntado cada uno de vosotros si creía en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, confesasteis la salvadora confesión de fe". Y al punto era sumergido el bautizando en la fuente.

CATEQUESIS SEXTA A LOS ILUMINANDOS

Grandeza y unidad de Dios

Sobre las palabras: “Volveos de nuevo a mí, islas. Israel será salvo por el Señor con salud eterna: no serán confundidos, no se avergonzarán para siempre. (Isaías, XLV, 16, 17.)

1. Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y bendito sea su Hijo Unigénito, porque cuando se piensa en Dios, se ha de pensar también en el Padre, para que indistintamente se dé la gloria al Padre y al Hijo juntamente con el Espíritu Santo. No tiene el Padre una gloria y el Hijo otra, sino que ambos con el Espíritu Santo tienen una sola y la misma gloria.

La razón es porque es el Hijo Unigénito del Padre y glorificado el Padre, el Hijo participa de la misma gloria, pues la gloria del Hijo dimana del honor del Padre. Y, glorificado a su vez el Hijo, el Padre de tanto bien ha de ser grandemente honrado.

2. Pero si la mente piensa con toda prontitud, la lengua necesita de palabras y largas expresiones. Del mismo modo, el ojo recorre con presteza la multitud de estrellas; pero cuando uno quiere explicar qué es el lucero de la mañana, qué el lucero de la tarde, qué cada uno de los astros, necesita muchísimas palabras. Asimismo la mente recorre en un momento brevísimo la tierra, el mar y los últimos confines del mundo; pero lo que en un momento piensa, lo tiene que expresar con muchas palabras. Grande es el ejemplo que acabo de proponer; pero aún es insignificante y po-

bre. Porque al hablar sobre Dios hemos de decir sobre El, no cuanto debiera decirse (pues esto sólo a El le es conocido), sino lo que a la humana naturaleza le es permitido y lo que nuestra flaqueza puede soportar. Por lo cual no vamos a explicar lo que realmente es Dios, sino a confesar con ingenuidad que no tenemos noticia de lo que verdaderamente es en sí.

Cuando se trata de las cosas de Dios, es grande ciencia saber confesar la propia ignorancia. “Engrandeced al Señor conmigo y ensalcemos su nombre todos juntamente”. Hagámoslo todos en común, porque uno solo no puede; mejor dicho, aunque todos nos juntemos no lograremos engrandecerle como se le debe engrandecer. No alabarán a nuestro Pastor como lo merece; no digo sólo los que estáis aquí presentes, mas ni siquiera todos los hombres que pertenecen a la Iglesia, presente y futura, que se juntaran para ello.

3. Grande y digno de toda honra fue Abrahán; pero fue grande para los hombres. Cuando se acercó a Dios confesó sinceramente la verdad: “Soy tierra y ceniza”. No dijo *tierra* y calló, como dándose a sí mismo el nombre de un elemento firme, sino añadió: y *ceniza*, para indicar que podía resolverse y deshacerse fácilmente. ¿Hay, dime, cosa más menuda y tenue que la ceniza? Comparad ahora la ceniza con una casa, la casa con una ciudad, la ciudad con una provincia, la provincia con el Imperio romano, el Imperio romano con toda la tierra, y toda la tierra con el cielo que la circunda. Esta es, comparada con el cielo, como el cubo de la rueda en comparación con la llanta que le rodea, y advertid que este cielo que se ve es más pequeño que el segundo, y el segundo que el tercero. Estos solos nombró la Escritura. La razón es, no porque no haya más que éstos, sino porque éstos solos son los que nos conviene conocer. Pues cuando con la mente hayáis recorrido todos los cielos, sabed que ni ellos pueden alabar a Dios como es en sí, aunque tuvieran voz más poderosa que el trueno. Pues si capacidades tan grandes como las de estos cielos no pueden alabar a Dios como lo pide su dignidad, ¿cómo podrá entonar un himno de gloria a Dios la tierra y la ceniza, que es pequeñísima y de ningún valor, o hablar dignamente de Dios, que abarca todo el ámbito de la tierra y tiene en ella a los hombres como langostas?

4. Mas si alguno se empeñare en hablar sobre Dios, procure ante todo exponer los límites de la tierra. Habitáis la tierra y no conocéis los límites de vuestra casa, que es la tierra. ¿Pues cómo podéis tener idea digna del Creador? Contad primero lo que se ve y después explicad al que no se ve, al que cuenta las multitudes de los astros y los llama a todos por su nombre. Las gotas de la lluvia cerrada que acaba de caer, pasaron para nosotros. Cuenta si puedes las gotas de sólo esta ciudad; cuenta, no digo ya las gotas de esta ciudad, sino las que en una hora caen en tu tejado. Imposible. Pues deducid de ahí vuestra debilidad y, por el contrario, el gran poder de Dios. Contadas están para El todas las gotas de la lluvia, y no sólo las que han caído ahora en toda la tierra, sino hasta las de todos los tiempos.

Obra de Dios es el sol, y grande en verdad; pero pequeñísima en comparación con todo el cielo. Pues contemplad primero el sol y después examinad al Señor. “No busques las cosas profundas, ni investigues las poderosas, sino piensa nada más en las que se te han ordenado”.

5. Pero dirá alguno: si la sustancia divina es incomprensible, ¿qué es lo que sobre ella vas a decir? Es que porque sea imposible beberse todo el río, ¿no voy a poder tomar con medida lo que me conviene? O porque con la capacidad de mis ojos no pueda abarcar todo el sol, ¿voy a dejar de mirar lo que me es útil y necesario? ¿O queréis que me salga completamente hambriento porque no pueda comerme todos los frutos de un jardín? Alabo y glorifico al Señor que nos crió, porque hay un mandato que dice: “Todo espíritu alabe al Señor”. Pretendo ahora glorificar al Señor, no explicar lo que en sí es, y aunque sé que he de estar muy lejos de glorificarle como se merece, creo que es obra de religión el intentarlo como se pueda. Por lo demás, alienta mi flaqueza Nuestro Señor Jesucristo cuando dice: “A Dios nadie le ha visto nunca”.

6. Pero dirá alguno: ¿No está escrito que los ángeles de los niños ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos? Pero los ángeles ven a Dios no como es, sino en cuanto ellos pueden alcanzar. Jesucristo mismo es quien dice: “Al Padre no le ha visto nadie, sino que el que viene de Dios, ése ha visto al Padre”. Los ángeles, pues, le ven en cuanto son capaces; los arcángeles, cuanto pueden; los tronos y las potestades, más que los primeros; pero menos de lo que El se merece.

Sólo puede verle como conviene el Espíritu Santo con el Hijo. Aquél todo lo escudriña, y hasta conoce todas las profundidades de Dios, lo mismo que el Hijo Unigénito. “Al Padre, dice Cristo en el Evangelio, no le conoce nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo haya revelado”. Jesucristo ve, pues, al Padre como conviene, y por medio del Espíritu Santo le revela, según la capacidad de cada uno. Como el Hijo Unigénito participa de la divinidad del Padre con el Espíritu Santo, el que es engendrado sin dolor antes de todos los siglos, conoce al que le engendró, y el que engendró conoce al engendrado. Pues si los ángeles no le conocen por sí mismos (pues el Unigénito se lo revela con el Espíritu Santo y por medio del Espíritu Santo, a cada uno, según su capacidad, como hemos dicho), no se avergüence ningún hombre de confesar su ignorancia.

Yo hablo ahora e igualmente podéis hacerlo vosotros; pero cómo es esto no podemos explicárnoslo. ¿Cómo, pues, podremos explicar lo que es el que nos dio el habla? Tengo yo un alma y no puedo declarar sus notas distintivas, ¿pues cómo podré decir lo que es el que me dio el alma?

7. Para nuestra piedad nos baste saber que tenemos Dios, que existe Dios, que existe siempre, que es siempre semejante a sí mismo, cuyo Padre no es ningún otro, que no hay nadie más poderoso que El, que no tiene sucesor ni puede haber otro que le pueda destronar. Tiene muchísimos nombres, todo lo puede y es de sustancia uniforme. No es distinto ni diverso porque se le llame bueno, justo, omnipotente y Dios de los ejércitos, sino que es uno y el mismo, y todas esas cosas son operaciones innumerables de la divinidad. Y esto no es que le sobre, por una parte, ni le falte por otra, sino que en todo es semejante a sí mismo.

No es solamente grande en benignidad y pequeño en sabiduría, antes tiene igual benignidad e igual sabiduría. No ve en parte, y en parte está privado de vista, sino que es todo ojos, y todo oídos y todo inteligencia. No es como nosotros, que conocemos algo y dejamos de conocer mucho más. Blasfema manera de hablar sería ésta e indigna de la sustancia divina. Es preconecedor de las cosas, y santo y omnipotente, y el mejor de todo, más grande que todo, más sabio que todo, y cuyo principio, forma y figura no podemos explicar: “Ni has oído en parte alguna su voz, ni visto su figura, dice la Escritura divina”. Por esto dice Moisés

a los israelitas: “Guardad diligentemente vuestras almas, porque la semejanza no la visteis”. Pues si es imposible imaginar algo que se le parezca, ¿podrá la mente acercarse a la sustancia?

8. Algunos imaginaron otros muchos casos y todos erraron igualmente. Unos dijeron que Dios era el fuego (1); otros, que era como un hombre con alas, según aquello que está bien escrito, pero mal interpretado por ellos: “Con el abrigo de tus alas me protegerás” (2). Se olvidaron de lo que Nuestro Señor Jesucristo dice de sí mismo, refiriéndose a Jerusalén: “Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina cobija a sus polluelos bajo las alas, y tú no quisiste”. Pues así como el poder de Dios suele significarse con el nombre de alas, éstos, tomándolo al pie de la letra, juzgaron a Dios, que es incomprensible, al modo de los hombres.

Otros no dudaron en ponerle a Dios siete ojos, por aquello que dice la Escritura: “Siete ojos del Señor que miran a toda la tierra”. Porque si fuera cierto que Dios no tiene más que siete ojos, no podría verlo todo, sino en parte; lo cual sería falso y blasfemo decir esto de Dios. Pues a Dios hay que creerlo en todo perfecto, según lo que dice nuestro Salvador: “Vuestro Padre celestial es perfecto”; perfecto en el ver, perfecto en el poder, perfecto en la grandeza, perfecto en la presencia, perfecto en la bondad, perfecto en la justicia, perfecto en la benignidad. No está circunscrito a ningún lugar y es hacedor de todo lugar; estando en todo lugar, no está limitado por ningún lugar. Su trono es el cielo, pero sobresale el que está sentado. Dice la Escritura: “La tierra es el escabel de sus pies”; pero su poder llega hasta los infiernos.

9. Dios es uno y está presente en todas partes; todo lo ve, todo lo entiende, todo lo hizo por medio de Jesucristo. “Todas las cosas, dice San Juan, fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada”. Dios es fuente abundantísima e indeficiente de todo bien, río de beneficios, luz eterna que brilla sin cesar, fuerza insuperable que condesciende con nuestras debilidades, y cuyo nombre no podemos siquiera oír. Dice Job: “¿Encontrarás tú la huella del Señor o alcanzarás las cosas últimas que el Omnipotente hizo”? Pues si no se pueden abarcar las cosas últimas, se abarcará al Creador de todas las cosas. “Ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón del hombre pudo nunca comprender lo que Dios tiene preparado para los que le aman”. Pues si lo que preparó Dios es inasequible a nuestra inteligencia, ¿cómo podremos alcanzar con la mente al

mismo que lo preparó? ¡Oh profundidad de la riqueza, sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son tus juicios e investigables tus caminos!, dice el Apóstol. Pues si los juicios y caminos de Dios son inabordables, ¿cómo podrá ser El nunca comprendido?

10. Siendo Dios, pues, tan grande, ¿cómo el hombre esculpió una piedra y se atrevió a decirle: ¿Tú eres mi Dios? ¡Oh ceguera grande, bajar de tanta grandeza a tanta vileza! ¡Un palo que Dios crió, que creció con las lluvias, que, abrasado después por el fuego se convierte en ceniza, es tenido por Dios y el verdadero Dios es despreciado! La maldad excedió a la idolatría.

Los gatos, los perros y los lobos son adorados como Dios; y hasta el león, devorador de los hombres, es adorado como Dios. La serpiente y el dragón, émulos de aquél que nos arrojó del paraíso, son adorados; y Aquél que plantó el paraíso es menospreciado. Me da vergüenza decirlo, pero lo digo: las cebollas son adoradas por algunos. El vino se dio para que alegrara el corazón del hombre, y Baco es adorado como dios. Dios hizo el trigo con solo decir: “Produzca la tierra hierba de heno, que dé semilla según su género y semejanza”, y esto para fortalecer el corazón de los hombres. ¿Pues de dónde el adorar a Ceres? El fuego sale con el choque de las piedras hasta el día de hoy. Pues, ¿por qué se ha de decir que Vulcano es el creador del fuego?

11. ¿De dónde viene el error de los griegos sobre la multitud de dioses? Dios es incorpóreo. Pues, ¿de dónde imputar adulterios a los que ellos llaman dioses? Callo la conversión de Júpiter en cisne; me da vergüenza el referir su transformación en toro, pues los mugidos son indignos de Dios. Adúltero fue hallado el dios de los griegos y no se avergüenzan; si es adúltero, no se llame dios. Para ellos, las muertes, las eventualidades, los relámpagos, son dioses. ¿Veis adónde han descendido de tanta grandeza como tenían? Por tanto, ¿bajó del cielo el Hijo de Dios en vano a curar tan grandes llagas? ¿Vino, acaso, el Hijo de Dios inútilmente, a que el Padre fuera conocido? Ved lo que movió al Unigénito de Dios a bajar a la tierra desde el trono en que estaba a la derecha del Padre. El Padre era despreciado. Pues justo era también que el Hijo corrigiese el error. Convenía que aquel por quien hizo todas las cosas, ofreciera todas las cosas al Señor de todo; convenía curar las heridas. ¿Qué mayor enfermedad podía darse que el adorar a una piedra como Dios?

NOTAS

1. Esto se puede referir a los paganos que adoraban al fuego bajo el nombre de Vulcano; o a los filósofos que hacían del fuego el principio de todas las cosas.

2. Aquí va contra ciertos herejes, como los Audianos, o contra aquellos cristianos ignorantes que, tomando al pie de la letra el texto de la Escritura, le ponían a Dios con alas y con cierto número de ojos.

CATEQUESIS SEPTIMA A LOS ILUMINANDOS

De Dios Padre

Sobre las palabras: “Por eso doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, del cual toda paternidad, en el cielo y en la tierra, recibe nombre.” (Ephes., III, 14.)

1. Acerca de la monarquía de Dios ya os hablé suficientemente, y digo suficientemente, no en cuanto la dignidad del asunto pedía, porque eso es imposible para la humana naturaleza, sino en cuanto humanamente pudimos, y la multitud de herejes y ateos nos lo permitieron.

Y dejando ahora a un lado toda esa hez de la humanidad, reteniendo en la memoria sus doctrinas, aunque sin recibir el veneno para concebir todavía más odio contra ellos, volvamos de nuevo a nosotros mismos y recibamos los saludables dogmas de nuestra fe, creyendo en un Dios Padre y admitiendo la prerrogativa de su monarquía. Porque no conviene creer sólo en un Dios, sino también que éste es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo.

2. Y todo esto lo hemos de creer y sentir profundamente por razón de los judíos, los cuales admiten en sus doctrinas que existe un Dios (aunque esto muchas veces lo han negado con el culto de los ídolos); pero no admiten que sea Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Por lo cual, sienten en contrario a lo que les dicen sus profetas, porque en las divinas Escrituras se escribe: “El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, hoy te engendro”. Y braman contra el Señor hasta el día de hoy y se conjuran contra su Cristo, pensando

que podrán adquirir la amistad del Padre sin tener amor al Hijo, ignorando que nadie puede ir al Padre sin el Hijo, el cual tiene dicho: “Yo soy la puerta, yo soy el camino”. Así, pues, ¿cómo podrá ir al Padre el que rechaza la puerta y el camino que lleva hacia El? Además, que contradicen a lo que se dice en el salmo 88: “El me invocará diciendo: tú eres mi padre, mi Dios y mi Salvador; yo le pondré como mi primogénito, sobre todos los reyes de la tierra”. Y si ellos se empeñan en decir que esto se dijo de David o de Salomón, o de alguno de sus sucesores, muestren cómo su trono, que según su opinión es de lo que habla el profeta, es “como el día del cielo y como el sol en la presencia de Dios y como la luna llena para siempre”.

¿Cómo no se confunden al decir aquello de: “Antes del lucero te engendré de mi vientre?”, y lo otro de: “Permanecerá como el sol con la luna y con las generaciones de las generaciones”. Todo lo cual, referido al hombre, es cosa que sobrepasa a toda necesidad e ingratitud.

3. Mas los judíos suelen padecer de esta enfermedad de incredulidad en estos casos y en otros semejantes de las Sagradas Escrituras, cuando así lo quieren. Nosotros, en cambio, recibamos la sumisión de lo que la fe nos enseña, adorando a un Dios Padre de Cristo. Pues Aquel que da a los seres la facultad de engendrar sería impío el negársela al que la da. Y creamos en un Dios Padre, para que la fe del Unigénito se grabe en las almas de los que me escucháis, antes de que la explicación que demos de Cristo más completa, tan pronto como terminemos estas palabras acerca del Señor.

4. Porque el nombre de Padre, por el mero hecho de llamarse así, ya nos trae a la memoria la noticia del Hijo, del mismo modo que el que nombra al Hijo piensa también al mismo tiempo en el Padre. Si hay un Padre tiene que haber necesariamente un Hijo, y si hay un Hijo tiene que haber un Padre. Y para que nadie, por aquello que decimos de: en un Dios Padre Omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles e invisibles, y después, y en un Jesucristo, sospeche menos santamente que el Unigénito es posterior en el orden al cielo y a la tierra, por eso, antes de nombrarlos a ambos, llamamos a Dios, Padre, para que, a la vez, se piense también en el Hijo; porque entre el Padre y el Hijo no puede haber ningún intermedio.

5. Por un abuso de palabras, suele llamarse a Dios Padre de muchas cosas; pero de hecho y por naturaleza solamente lo es de un solo Hijo Unigénito, que es Nuestro Señor Jesucristo. Y esto de ser Padre no es que haya tenido alguna vez comienzo, sino que lo es desde toda la eternidad. Y no es que haya estado algún tiempo sin prole y luego mudando de parecer quiso ser Padre, sino que Dios tiene esa dignidad paterna antes de toda sustancia, y de todo ser sensible, y de todos los siglos de los siglos, siendo eso para El el título más glorioso.